

JUAN RUBIO FERNÁNDEZ

TOLERANCIA CERO

La cruzada de Benedicto XVI
contra la pederastia en la Iglesia

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO

ÍNDICE

LAS RAZONES DE ESTE LIBRO	13
ESTADOS UNIDOS. MEMORIA DE UNA CRISIS ANUNCIADA	19
REACCIÓN DEL VATICANO: JUAN PABLO II PONE EN MANOS DE RATZINGER LOS DELITOS DE PEDOFILIA DEL CLERO	27
GEOGRAFÍA DE LOS ABUSOS. EXTENSIÓN DE LA CRISIS	63
Australia	63
Austria	66
Canadá	69
Alemania	71
Bélgica	78
Irlanda	84
España	88
LOS VIAJES PASTORALES DE BENEDICTO XVI Y LA PEDERASTIA ..	93
LA PRENSA Y LOS INTENTOS DE IMPLICAR AL PAPA	105
UN EJEMPLO PARADIGMÁTICO: EL P. MACIEL	123
APROXIMACIÓN PSICOLÓGICO-PASTORAL AL PROBLEMA DE LA PEDOFILIA	135

UNA PROXIMACIÓN CANÓNICA A LA PEDERASTIA EN EL CLERO . . .	145
APÉNDICES	149
Guía para comprender los procedimientos fundamentales de la Congregación para la Doctrina de la Fe cuando se trata de las acusaciones por abusos sexuales	149
Normas sustanciales sobre los cambios introducidos en las “normae de gravioribus delictis” reservados a la Congregación para la Doctrina de la Fe (Julio de 2010) con algunas observaciones del P. Lombardi	152
Estatutos para la Protección de Niños y Jóvenes elaborados por los Obispos de los Estado Unidos en junio de 2002.	169
Carta Pastoral de Benedicto XVI a los católicos de Irlanda	183
AGRADECIMIENTOS	197

LAS RAZONES DE ESTE LIBRO...

Este libro nació como fruto de un agrio disgusto que me dejó un mal sabor de boca y un sentimiento de impotencia tras una tertulia con varios amigos. Compartíamos mesa y mantel. La velada se iba alargando, conversando sobre temas de actualidad de los que cada uno opinaba, preguntaba, callaba o simplemente vociferaba con tópicos sin argumento y con generalizaciones comunes: el paro, la crisis económica, el desmantelamiento del concepto de nación, la marcha ascendente de la Selección Española de Fútbol, los casos de corrupción, la justicia, la memoria histórica, etc. Un tema enlazaba con otro en una sarta de desvaríos en sus argumentos, adobados de tópicos. Eran eslabones de esa cadena que con tanta frecuencia rodea el cuello de los españoles, tan acostumbrados al diálogo de sordos. No era extraño que el tema de la Iglesia saliera a la palestra con su retahíla de temas colaterales y viejos que yo creía más maduros en sus planteamientos. Lugares comunes, citas clásicas, argumento aburridos: el estado laico o la sociedad laicista, la enseñanza religiosa en los colegios, la presencia del ejército en las procesiones religiosas, los símbolos del cristianismo. Y no podía faltar el tema estrella, la pederastia del clero y la complicidad del Vaticano y del mismo Papa en los casos de abusos sexuales por parte de algunos clérigos. Arreciaban las noticias esos días con algún que otro caso en Alemania e Irlanda. No había manera de meter baza, de empezar clarificando y responder a las

preguntas que lanzaban en una auténtica lapidación, sabedores como eran de mi condición sacerdotal y mi trabajo periodístico. No había momento ni tiempo para la respuesta. Las soluciones salían de sus bocas como volcán en erupción: suprimir el celibato, admitir a las mujeres al sacerdocio, condenas sin juicio legal, cárcel. Hubo incluso hasta quien quería que la pena de muerte se volviera a implantar. Alguno más jocoso sugería mutilaciones físicas. Estaba horrorizado al ver y escuchar a gentes tan cultas, tan razonables en sus trabajos y tan tolerantes, tan *good looking*, que sacaban lo peor de sí mismos cuando se trataba de hablar de un clérigo o de algún asunto que afectara a la Iglesia. Lapidación de la sotana. Estaban faltos de argumentos, pero si algunos esgrimían, siempre su fuente estaba en las páginas de la prensa o en la intervención de algún que otro personaje de la farándula nocturna de cualquier canal televisivo de la noche anterior haciendo *zapping*. No había más argumento que lo que habían leído en un periódico, escuchado en una radio o visto en un programa televisión, al que, por cierto, solían referirse como “programa basura”, que había que eliminar por salud cívica. Opté por el silencio ante una jauría de banales argumentaciones que impedían el sereno análisis cargado de sentido común. No les pedía una argumentación académica, teológica, psicológica o pedagógica. Sólo les pedía sentido común. Ni eso se concedía al clérigo, al que condenaban sin paliativos, tomando la parte por el todo y lanzando los anatemas que ellos mismos condenaban. Acabamos tarde y con mal humor. Pude comprobar, una vez más, que el reñidero nacional seguía vivo cada vez que en este país se habla de política o religión extraña mezcla aún no aclarada. Me fui a casa con mal sabor de boca y con una honda tristeza. Me daban ganas de explicarme para explicar. De ahí nació la idea de este libro: aclarar lo que hay, reconocer lo que de fallos haya podido haber en el lacerante tema de los abusos sexuales a menores por parte del clero y darlo a conocer a quienes lo quieran escuchar, o leer en este caso. No podía quedarme quieto ante tanta superficialidad. Debía de hacer algo. Al llegar a casa me puse a releer la *Carta de Benedicto XVI a los Católicos de Irlanda* con motivo de los casos de abusos sexuales del clero. Sentí la misma emoción que la prime-

ra vez que la leí. ¡Era una carta excelsa! Estaba claro que mis colegas de tertulia ni la habían leído y les importaba un bledo lo que dijera. Fue entonces cuando, casi paralelamente, como si hubieran leído mis sueños y deseos, los editores se pusieron en contacto conmigo para pedirme que escribiera algo sobre el asunto y que le diera no un sesgo erudito y de investigación, sino un estilo periodístico. Hacía falta informar. ¡Qué difícil se hace opinar de algo sin un mínimo de conocimiento! La pulpa del trabajo o crónica periodística, que es al fin y al cabo lo que ha resultado ser este libro, la tenía en la mente, fruto del desasosiego de la noche anterior. Era el embrión de este libro: el deseo de poner algo de luz en tan escabroso asunto. Un deber de justicia para con Benedicto XVI, un Papa al que los medios de comunicación le han vuelto la espalda y al que pocos días más tarde tuve la oportunidad de ver de cerca. Vi en su semblante una profunda tristeza, una honda soledad, cierta perplejidad en sus ojos claros. En la cruzada contra este “horrendo crimen” había mucha soledad.

Yo estaba en Roma con motivo de la clausura del Año Sacerdotal. Eran casi las diez de la mañana del 11 de junio de 2010 y el Papa Benedicto XVI llegaba al pie de la escalinata que se abre delante de la basílica de San Pedro del Vaticano para comenzar la Eucaristía de clausura de Año Sacerdotal. Mañana radiante con un sol espléndido que se reflejaba en las vestimentas litúrgicas de los más de quince mil sacerdotes procedentes del todo el mundo y congregados para celebrar el gozo del sacerdocio junto a un Papa que se mostraba ese día como un sacerdote más, gozando con el misterio de la fraternidad sacerdotal. Saludaba, sonreía, bendecía, abrazaba y agradecía las muestras de cariño. Una marea blanca inundaba el recinto que tantas veces había sido testigo mudo de grandes acontecimientos eclesiales. Era como una mancha blanca como icono de entrega y virtud sobre la marea negra del pecado y la traición. El Papa, revestido con una casulla también blanca simple, sin adornos, se disponía para la celebración. Yo estaba junto a los reporteros gráficos, a escasos dos metros del pontífice. Crucé con él una mirada cómplice, fruto de la casualidad. Se le veía pro-

fundamente emocionado. Era el rostro de un anciano valiente, sereno y sonriente. Advertí una profunda emoción que afloraba en sus ojos humedecidos por una alegría desbordante, íntima, profunda; pero también por tanto dolor acumulado en un año que se había convertido para él en *annus horribilis*. En sus ojos azulados, en esa expresión propia de su sangre bávara, con ese rictus lacerao por alguno de sus muchos microinfartos cerebrales, comprobé la profunda soledad que había intuido tras la velada que les contaba antes. Envejecido pero altivo; triste pero confiado. Lo vi solo, totalmente solo. La soledad y el sufrimiento de alguien que nunca hubiera imaginado que le tocaría la hermosa pero dura tarea de devolver a la Iglesia la belleza de su rostro magullado por las culpas de hermanos que traicionaron en las tinieblas el don recibido en plena luz con la imposición de las manos.

Lo dijo en su homilía, interrumpida por un estruendo de aplausos que salían del corazón de los cardenales, obispos, sacerdotes y diáconos asistentes a la celebración eucarística. “En este año de alegría por el sacramento del sacerdocio, han salido a la luz los pecados de los sacerdotes, sobre todo el abuso a los pequeños, en el cual el sacerdocio, que lleva a cabo la solicitud de Dios por el bien del hombre, se convierte en lo contrario. También nosotros pedimos perdón insistentemente a Dios y a las personas afectadas, mientras prometemos que queremos hacer todo lo posible para que semejante abuso no vuelva a suceder jamás; que en la admisión al ministerio sacerdotal y en la formación que prepara al mismo haremos todo lo posible para examinar la autenticidad de la vocación; y que queremos acompañar aún más a los sacerdotes en su camino, para que el Señor los proteja y los custodie en las situaciones dolorosas y en los peligros de la vida”. No se podía decir más en tan pocas palabras.

Y es que precisamente en estos últimos meses, la tormenta desatada con motivo de los abusos sexuales a menores por parte del clero, había llegado a su punto más álgido con la campaña desatada para inculparlo a él mismo por silencio cómplice durante su ministerio episcopal en la diócesis alemana de Munich-Freising al

comienzo de los años ochenta. Se iban sucediendo denuncias de sacerdotes en diversos rincones del planeta, sentencias judiciales de una u otra índole, testimonios escalofriantes de víctimas, declaraciones de testigos, acusaciones algunas veces falsas, otras tristemente verdaderas. Se sucedían las quejas de familiares de las víctimas y las dimisiones de obispos y cardenales. Algunas diócesis tuvieron que desembolsar cantidades económicas desorbitadas que casi las lleva a la bancarrota. Un clamor llegaba a Roma pidiendo que alguien parara esta locura. Parecía como si, abierta la veda, todo fuera legítimo, incluso la calumnia y el desvarío. Y una presión mediática como nunca antes se había visto, espoleada por intereses nada claros que, aprovechando los delitos de un porcentaje pequeño del clero, zarandeaban con brío la nave de Pedro. El sucesor del pescador de Galilea decía esa misma mañana comentando el salmo responsorial de la Misa: “El camino de cada uno de nosotros nos llevará un día a la cañada oscura de la muerte, a la que ninguno nos puede acompañar. Y Él estará allí. Cristo mismo ha descendido a la noche oscura de la muerte. Tampoco allí nos abandona. También allí nos guía. “Si me acuesto en el abismo, allí te encuentro”, dice el *Salmo* 139. Sí, tú estás presente también en la última fatiga, y así el salmo responsorial puede decir: también allí, en la cañada oscura, nada temo. Sin embargo, hablando de la cañada oscura, podemos pensar también en las cañadas oscuras de las tentaciones, del desaliento, de la prueba, que toda persona humana debe atravesar. También en estas cañadas tenebrosas de la vida Él está allí. Señor, en la oscuridad de la tentación, en las horas de la oscuridad, en que todas las luces parecen apagarse, muéstrame que tú estás allí. Ayúdanos a nosotros, sacerdotes, para que podamos estar junto a las personas que en esas noches oscuras nos han sido confiadas, para que podamos mostrarles tu luz”.

Benedicto XVI ha demostrado que sabe estar con los hermanos sacerdotes en la noche oscura; que no es, como se le ha venido injustamente acusando, el responsable del silencio cómplice ante los pecados y delitos de algunos hermanos sacerdotes que han traicionado la gracia recibida cometiendo horribles crímenes contra la

inocencia de los más pequeños. El mundo entero vio cómo unos años antes, el Papa Juan Pablo II, con el rostro doliente, marcado por la enfermedad pedía perdón por los pecados de la Iglesia, humillándose ante las páginas oscuras de la historia, aunque siempre hay alguien que cree que debe golpearse más fuerte. Pidió perdón por las cruzadas, por las dictaduras, por los cismas, por las herejías, por el olvido de las mujeres, por el trato a los judíos, por Galileo, por Calvino, por los indios, por las injusticias, por la Inquisición, por el integrista, por el Islam, por la mafia, por el racismo, por Ruanda, por la esclavitud. Seguro que quedaban muchas más cosas de qué pedir perdón. Ahora a Benedicto XVI le tocaba pedirlo por los abusos sexuales a niños por parte de los sacerdotes y religiosos: “También nosotros pedimos perdón insistentemente a Dios y a las personas afectadas”. Había hecho gestos de perdón, había pronunciado palabras de perdón y estaba trabajando para que la justicia y la verdad lucieran en la Iglesia como un acto de penitencia. Benedicto XVI no es el obstáculo para que la Iglesia afronte el espinoso, delicado y lacerante tema de la pedofilia. Es parte muy importante de la solución. Él mismo lo tuvo que descubrir en el trabajo de cada día, en la oración constante, en la cercanía con las víctimas. Lo tuvo que conocer en el tajo de cada día y en esas mañanas de viernes, “su viernes de penitencia”, como él decía, cuando en su despacho de la Congregación para la Doctrina de la Fe, desde el año 2001, tuvo que leer, revisar y decidir sobre los casos que le iban mostrando las arrugas y vilezas de sus hermanos sacerdotes. Así un año tras otro desde que Juan Pablo II le dio este delicado encargo.

Yo quisiera contarles a mis amigos de tertulia las cosas como han sido, con relato y argumento; con documentos y declaraciones. Quizá no los convenza, pero, por lo menos, le das la posibilidad de que escuchen y razonen. No es poco cuando estamos asistiendo cada día con más fiereza al espectáculo de la confusión cuando se trata de hablar de la Iglesia. Espero que sirva de algo. A ellos les brindo estas páginas y a quienes, como ellos, deseen conocer antes las cosas para poder, al menos hablar con propiedad, si es que no lo pueden hacer con caridad.

ESTADOS UNIDOS: MEMORIA DE UNA CRISIS ANUNCIADA

Los diagnósticos eran claros. Las denuncias iban llegando a los tribunales de diversos estados federales y la sociedad norteamericana empezó a conocer con detalle casos escalofriantes de sacerdotes que habían abusado de menores y que, condenados, cumplían condenas en las cárceles de algunos condados de un país en el que, por otra parte, las estadísticas de estos delitos eran similares a las de otras instituciones públicas. Los obispos prefirieron el silencio. Para ellos, y no carecían totalmente de razón, se estaban manipulando los datos a favor de otros intereses o por deseos de sensacionalismo periodístico. En una sociedad con techo de cristal como la norteamericana, la prensa iba a jugar un papel destacado para hacer reaccionar a la Iglesia ante el creciente número de pederastas en las filas del clero. Otras instituciones también se iban a poner las pilas para sanear los numerosos casos con los que se enfrentaban y que estaban poniendo contra las cuerdas a los responsables educativos de muchas organizaciones del país. Nada lo hace a uno más vulnerable que el pertinaz empeño en guardar un secreto que ya es de conocimiento público, ni lo hace presa más fácil de cuantos quieren aprovecharse de esa debilidad. Era un secreto a voces la conducta delictiva de un porcentaje no desdeñable de clérigos que venían siendo denunciados y condenados por abusos sexuales, emocionales o incluso físicos a menores. Entre atajar el problema y mantener un prudente silencio, los obispos norteamericanos, pese a varios

intentos fallidos, y en una actitud de clara irresponsabilidad, prefirieron la vía del silencio y la consideración de los casos desde el plano moral y psíquico solamente. La pedofilia es un pecado. Olvidaban otro plano importante. También es un delito. El silencio por miedo al escándalo, no hizo nada más que aumentar las sospechas y crear un ambiente irrespirable que tuvo su punto álgido, con consecuencias negativas, en el año 2002. Se trataba de una grave negligencia para aplicar, no sólo la legislación canónica establecida, sino también las mismas leyes que ellos había puesto sobre la mesa unos años antes requeridos por el cardenal Ratzinger que en 1984 había recibido del entonces arzobispo de Filadelfia y amigo personal suyo, John Krol, un amplio informe escrito por dos sacerdotes y en donde se daba cuenta de los abusos crónicos en el país en un tono preocupante. Los obispos hicieron oídos sordos a las reclamaciones que les llegaban desde Roma, aunque, como hablaremos más adelante, se avinieron a redactar unas normas para evitar más escándalos; normas que la mayoría desobedecieron.

De nada sirvieron tampoco las numerosas alertas para que se previnieran los escándalos desde que en 1985, un sacerdote de Luisiana, Gilbert Gauthe, fuera condenado como culpable de once casos de abuso de menores. En ese mismo año el joven canonista norteamericano de la Embajada del Vaticano en los Estados Unidos, hoy Nunciatura Apostólica, Thomas Doyle, advirtió a los obispos de la situación antes de que explotara. Un total de 436 obispos recibieron un informe detallado de la situación: *The Problem of Sexual Molestation by Roman Catholic Clergy: Meeting the Problem in Comprehensive And Responsible Manner (Doyle-Mount-Peterson Report)*. El silencio fue la respuesta, aunque no la única. Doyle fue suspendido de sus funciones en la legación pontificia y más tarde expulsado del colegio católico en el que era profesor. En dicho informe se proponía la creación de una comisión que estuviera disponible a todas las diócesis para prevenir el creciente problema de la pedofilia entre el clero y el manejo legal, justo y racional del problema. Caso omiso a estas indicaciones por parte del episcopado norteamericano.